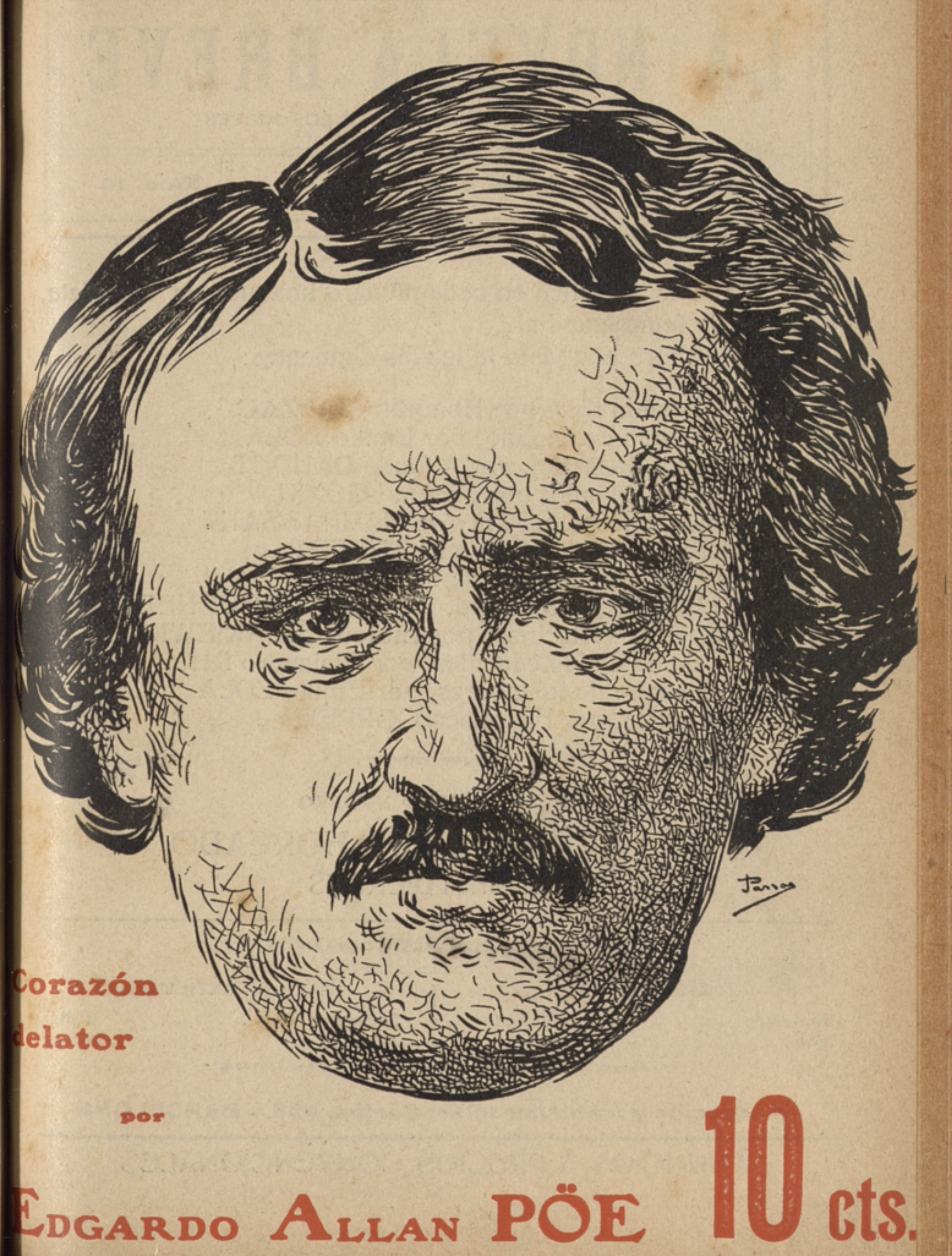
La Novela Breve



Corazón
delator

por

EDGARDO ALLAN PÖE

10 cts.

LA NOVELA BREVE

REVISTA SEMANAL - APARECE LOS JUEVES

Año I | DIRECTOR: EUSEBIO HERAS | Núm. 13

Esta revista publica en cada número una novela completa, de autor de fama mundial.

Hasta ahora han visto la luz las siguientes:

1. La posada roja, por Honorato BALZAC
2. El ataque del molino, por Emilio ZOLA
3. El sitio de Berlín, por Alfonso DAUDET
4. Caín y Artemio, por Máximo GORKI
5. Bola de sebo, por Guy de MAUPASSANT
6. Herodías, por Gustavo FLAUBERT
7. Margot, por Alfredo de MUSSET
8. El hidalgo de la estepa, por Iván TURGUENEF
9. Bartek el Victorioso, por Enrique SIENKIEWICZ
10. La dama de las camelias, por Alejandro DUMAS, hijo
11. Hermanita de los pobres, por Emilio ZOLA
12. Enriqueta, por Francisco COPPÉE

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

EL SECRETO DEL AHORCADO

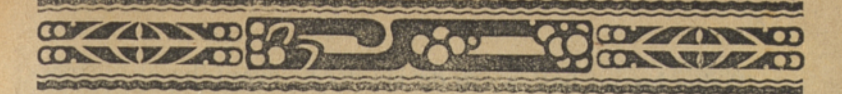
por Carlos DICKENS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PARA ESPAÑA		PARA EL EXTRANJERO	
Semestre	3 ptas.	Semestre	6 ptas.
Año.	6 „	Año.	12 „

Numero suelto: DIEZ céntimos

Redacción y Administración: Cortes, 498. - BARCELONA





CORAZÓN DELATOR

POR

EDGARDO ALLAN PÖE

Es verdad; soy muy nervioso, espantosamente nervioso; siempre lo fuí; pero, ¿por qué pretendéis que esté loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, pero sin anularlos ni embotarlos. Tengo el oído muy fino; tan fino como ninguno; he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Cómo he de estar loco? ¡Atención! Ahora vais a ver con qué sano juicio y con qué calma puedo referiros todo el suceso.

No puedo decir cómo se me ocurrió primeramente la idea; pero una vez concebida, no me fué posible desecharla ni de día ni de noche. No me proponía objeto alguno ni me dejaba llevar de una pasión. Estimaba al buen anciano, pues jamás me había hecho daño alguno, ni menos insultado; no envidiaba su dinero; pero tenía en sí algo desagradable. ¡Era uno de sus ojos! ¡Sí, esto es! Asemejábase al de un buitre y era de color azul pálido. Cada vez que este ojo fijaba en mí su mirada, se me helaba la sangre en las venas; y lentamente, por grados, empezó a germinar en mi cerebro la idea de arrancar la vida al viejo, a fin de librarme para siempre de aquel ojo que tanto me molestaba.

He aquí la cuestión. Me creéis loco; pero advertid que los locos no razonan. ¡Si hubierais visto con qué buen juicio procedí, con qué tacto y previsión, y con qué disimulo puse manos a la obra! Nunca fuí tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato.

Todas las noches, a eso de las doce, levantaba el picaporte de la puerta y la abría; pero, ¡con qué suavidad! Y cuando quedaba bastante espacio para pasar la cabeza, introducía una linterna sorda bien cerrada, para que no filtrase ninguna luz, y alargaba el cuello. ¡Oh! os hubierais reído al ver el cuidado con que procedía. Movía lentamente la cabeza, muy poco a poco, para no turbar el sueño del viejo, y necesitaba al menos una hora para adelantarla lo suficiente a fin de verle echado en su cama. ¡Ah! un loco no hubiera sido tan cauto. Y cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, levantaba la linterna con sumo cuidado—¡oh! ¡con el mayor cuidado!—porque la charnela rechinaba. No la abría más de lo suficiente para que un imperceptible rayo de luz iluminase el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches, hasta las doce; pero siempre encontré el ojo cerrado, y por consiguiente me fué imposible realizar mi propósito; porque no era el viejo el que me incomodaba, sino su Mal Ojo. Al amanecer de cada día, entraba atrevidamente en su cuarto y le hablaba con la mayor sinceridad, llamándole por su nombre con tono cariñoso, y preguntándole qué tal había pasado la noche. Ya veís, por lo dicho, que habría de haber sido un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches hasta las doce le examinaba durante su sueño.

La octava noche, procedí con más cuidado aún para abrir la puerta: la aguja de un reloj se hubiera movido más rápidamente que mi mano. Mis facultades y mi sagacidad estaban más avivadas que nunca, y apenas podía reprimir la emoción de mi triunfo.

¡Pensar que estaba allí, abriendo la puerta poco a poco, y que él no podía ni siquiera soñar en mis actos, ni menos imaginar mis pensamientos secretos! Esta idea me hizo reir; y quizá el dormido oyó mi ligera carcajada, pues se movió de pronto en su lecho, cual si se despertase. Tal vez creáis que me retiré. Nada de eso; su habitación estaba negra como la pez; tan densas eran las tinieblas, pues mi hombre tenía cerrados herméticamente los postigos por temor a los ladrones; y sabiendo que no podía ver la puerta entornada, seguí empujándola más, cada vez más.

Había pasado ya la cabeza y estaba a punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el muelle con que

se cerraba, y el viejo se incorporó en su lecho, exclamando:

—¿Quién anda por ahí?

Permanecí inmóvil, sin contestar; durante una hora me mantuve como petrificado, y en todo este tiempo no le ví echarse de nuevo: continuaba sentado y escuchando, como yo lo había hecho noches enteras.

Pero he aquí que de súbito oigo una especie de queja débil, y reconozco que la producía un terror mortal; no era de dolor ni de pena; ¡oh, no! era el ruído sordo y ahogado que se eleva del fondo de un alma presa de espanto.

Conocía yo bien este rumor, pues muchas noches, a las doce, cuando dormían todos, le oí producirse en mi pecho, aumentando con su eco terrible el pánico que me embargaba. Por eso comprendía bien lo que el viejo sentía, y compadecíale, aunque entreabriese la risa mis labios. No se me ocultaba que había estado despierto desde el primer ruido, cuando se revolvió en el lecho; sus temores aumentaron, y sin duda quiso persuadirse de que no había fundamento para ellos; mas no lo pudo conseguir. Sin duda pensó: «Eso no será más que el viento de la chimenea, o un ratón que corre, o un algún grillo que canta.» El viejo se esforzó para confiarse en estas hipótesis, pero todo fué inútil; «era inútil» porque la Muerte, que se acercaba, había pasado delante de él con su negra sombra, envolviendo en ella a su víctima; y la influencia fúnebre de aquella sombra invisible era la que le hacía sentir, aunque no distinguiera ni viera nada, la presencia de mi cabeza en la estancia.

Luego de esperar largo tiempo con mucha paciencia, sin oirle echarse de nuevo, resolví entreabrir un poco la linterna; pero tan poco, tan poco, que casi no era nada; abríla tan quedamente, que más no podía ser, hasta que por fin un solo rayo pálido, como un hilo de tela de araña, saliendo de la abertura, proyectóse en el ojo de buitre.

Estaba abierto, muy abierto, y yo me enfurecí apenas lo miré; le ví con la mayor claridad, todo entero, con su color azul opaco, y cubierto de una especie de velo hediondo, que heló mi sangre hasta la médula de los huesos; pero esto era lo único que distinguía de la cara o de la persona del anciano, pues había dirigido el rayo de luz, como por instinto, al maldito ojo.

¿No os he dicho ya que lo que tomabais por locura no es

otra cosa que un refinamiento de los sentidos? En aquel instante un ruido sordo, ahogado y frecuente, parecido al que produce un reloj envuelto en algodón, hirió mis oídos; «aquel rumor», lo reconocí al punto, era el latido del corazón del anciano, y aumentó mi cólera, de igual modo que el redoble del tambor sobreexcita el valor del soldado.

Pero todavía me contuve y permanecí inmóvil, sin respirar apenas, y esforzándome en iluminar el ojo con el rayo de luz. Al propio tiempo, el corazón latía con mayor violencia, cada vez más precipitadamente y con más ruído.

El terror del anciano «debía» ser indecible, pues aquel latido se producía con redoblada fuerza cada minuto.

¿Me escucháis atentos? Ya os he dicho que yo soy nervioso; y lo soy, en efecto. En medio del silencio de la noche, un silencio tan imponente como el de aquella antigua casa, aquel ruido extraño produjome un terror indecible.

Dnrante algunos minutos me contuve aún, permaneciendo tranquilo; pero el latido subía de punto a cada instante; hasta creí que el corazón iba a estallar, y de súbito sobrecogióme una nueva angustia: ¡Algún vecino podría oir el rumor! Había llegado la última hora del viejo; profiriendo un alarido, abrí bruscamente la linterna y lancéme en la habitación. El buen hombre solamente dejó escapar un grito: no más uno. En un momento le arrojé al suelo, echando sobre él todas las ropas de la cama; y entonces sonreí de alegría al ver mi tarea tan adelantada; pero durante algunos minutos el corazón latió sordamente, aunque entonces ya no me atormentaba, pues no se podía oir a través de la pared.

Por fin cesó la palpitación; el viejo había muerto; levanté las ropas y examiné el cadáver: estaba tieso, completamente rígido; apoyé mi mano sobre el corazón, y la tuve allí aplicada algunos minutos; no se oía ningún latido, el hombre había dejado de existir, y su ojo ya no me atormentaría más.

Si persistís en tomarme por loco, esa creencia se desvanecerá cuando os explique las acertadas precauciones que tomé para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo comencé a trabajar activamente, aunque en silencio; corté la cabeza, después los brazos, y por último las piernas.

Inmediatamente arranqué tres tablas del suelo de la habitación, deposité los restos mutilados en los espacios huecos,

y volví a colocar las tablas tan hábil y diestramente, que ningún ojo humano, ni aun el «suyo», hubiera podido descubrir nada de particular. No había necesidad de lavar mancha alguna, gracias a la prudencia con que procedí. Un barreño lo había absorbido todo. ¡Já, já!

Terminada la operación, a eso de las cuatro de la madrugada, aun estaba tan obscuro como a media noche. Al dar el reloj la hora, llamaron a la puerta de la calle, y yo bajé con la mayor calma para abrir, pues ¿qué podía temer «ya»? Tres hombres entraron, anunciándose cortésmente como oficiales de policía; un vecino había oído un grito durante la noche; bastó esto para despertar sospechas; envióse un aviso a las oficinas de policía, y los señores oficiales se presentaban para reconocer el local.

Sonreí, porque nada tenía que temer, y recibiendo cortésmente a aquellos caballeros, díjeles que yo era quien había gritado en medio de mi sueño; añadí que el viejo estaba de viaje, y acompañé a los oficiales por toda la casa, invitándoles a buscar, a registrar perfectamente. Por fin entré en «su» habitación y mostré sus tesoros, completamente seguros y en el mejor orden. En el entusiasmo de mi confianza ofrecí sillas a los visitantes para que descansaran un poco; en tanto que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, coloqué la mía en el sitio mismo donde yacía el cadáver de la víctima.

Satisfechos y convencidos quedaron los oficiales por mis modales; yo aparecía muy tranquilo; sentáronse y hablaron de cosas particulares, a las que contesté jocosamente; mas al poco tiempo conocí que palidecía y anhelé la marcha de aquellos hombres. Me dolía la cabeza; parecíame que los oídos me zumbaban; pero los oficiales continuaban sentados, hablando sin cesar. El zumbido se pronunció más, persistiendo con mayor fuerza; púseme a charlar sin descanso para librarme de aquella sensación, pero todo fué inútil porque al fin descubrí que el rumor no se producía en mis oídos.

Indudablemente palidecí entonces mucho; pero seguía hablando con mayor viveza todavía, alzando la voz, lo cual no impedía que el sonido fuera en aumento. ¿Qué podía hacer yo? Era «un rumor sordo, ahogado, frecuente, muy análogo al que produciría un reloj envuelto en algodón». Respiré fatigosamente; los oficiales no oían aún. Entonces hablé

más ligero, con mayor vehemencia ; pero el ruido aumentaba sin cesar.

Me levanté en seguida y comencé a discutir sobre varias futesas, en un tono muy alto y gesticulando vivamente ; pero el ruido seguía aumentando... ¿ Por qué no «querían» irse aquellos hombres ? Fingiendo que me exasperaban sus observaciones, di repetidas vueltas por la habitación ; pero el rumor siguió yendo en aumento. ¡ Pobre de mí ! ¿ Qué haría ? La cólera me cegaba ; comencé a maldecir, moví la silla donde me había sentado, haciéndola rechinar sobre el suelo ; pero el ruido dominaba siempre de una manera muy significativa... Y los oficiales seguían hablando, bromeaban y sonreían. ¿ Sería posible que no oyesen ? ¡ Dios todo poderoso ! ¡ No, no ! ¡ Oían ! ¡ Sospechaban ; lo «sabían» todo y divertíanse con mi espanto ! Lo creí y lo sigo creyendo todavía. Cualquier cosa era preferible a semejante burla ; no podía soportar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. ¡ Comprendí que era preciso gritar o morir ! Y cada vez más alto, ¿ lo oís ? ¡ cada vez más alto, «siempre más alto !»

—¡ Miserables !—exclamé—. No finjáis más tiempo ; confieso el crimen. ¡ Levantad esas tablas ; ahí está, ahí esta ! ¡ Es el latido de su espantoso corazón !

EL GATO NEGRO

No pretendo ni quiero que se dé crédito a la muy extraña aunque familiar historia que voy a referir ; y verdaderamente fué una real locura confiar en que se me creyese, puesto que mis sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y seguramente no sueño ; pero mañana he de morir, y hoy quiero descargar mi conciencia. Por eso me propongo referir al mundo, clara y sucintamente, sin comentarios de ningún género, una serie de sencillos acontecimientos domésticos, que por sus consecuencias me han aterrado, martirizado y aniquilado. A pesar de ello, no trataré de dilucidarlos, pues a mí me inspiraron solamente horror, por más que a muchas personas les parecerán más «extravagantes» que terribles. Tal vez más adelante saldrá una inteligencia que reduzca mi fantasía a una vulgaridad, algún espíritu más sereno, más lógico y mucho menos excitable que el mío, que no vea en los hechos referidos por mí con terror sino una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

Desde niño llamé la atención por mi docilidad y humanitarios sentimientos, y hasta era tan exquisita la ternura de mi corazón, que acabé por ser la burla de mis compañeros. Mi afición y cariño a los animales no tenían límites, y mis padres me habían permitido conservar muchas especies favoritas ; de modo que pasaba el tiempo con unas y otras, y nunca me creía tan feliz como cuando les daba de comer y las acariciaba. Esta particularidad de mi carácter se desarrolló a medida que iba creciendo, y cuando llegué a ser hombre, fué la fuente principal de mis recreos. No necesito explicarles la naturaleza e intensidad de los goces que esto pueda reportar a los que se encariñan con un perro fiel y noble. En el amor desinteresado de un animal, en ese sacrificio de sí mismo, hay algo que va directamente al corazón de aquel que tuvo con frecuencia ocasiones de apreciar el va-

lor de la mezquina amistad y la fidelidad «de gasa del hombre natural».

Muy joven contraje matrimonio y tuve la dicha de encontrar en mi esposa un carácter que simpatizaba con el mío ; al observar mi afición a esos favoritos domésticos, no perdió oportunidad de proporcionarme individuos de la especie que más me agradaba ; y así tuvimos aves, un pez dorado, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y «un gato». Era éste, en realidad, un animal hermoso y gordo, completamente negro, y de maravillosa sagacidad. Al hablar de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era bastante supersticiosa, hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular según la cual se considera a todos los gatos negros como brujos disfrazados. No quiero decir con esto que mi esposa hablara siempre con «formalidad» sobre el asunto, y si cito el hecho es sencillamente porque me viene en este momento a la memoria.

Plutón, que así se llamaba el gato, era mi favorito, mi compañero ; sólo de mis manos recibía su alimento, y seguíame por la casa a todas partes, con tal insistencia, que de habérselo permitido, hubiera salido también a la calle conmigo. Esta amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento, por efecto del demonio de la intemperancia, con vergüenza lo confieso, sufrió una alteración radical en el sentido del mal. Cada vez más sombrío e irritable, y más indiferente a los sentimientos de los otros, usaba un lenguaje brutal al hablar con mi esposa ; y concluí por maltratarla de obra. Mis pobres favoritos hubieron de resentirse, naturalmente, del cambio de mi carácter, pues no contento con descuidarlos los maltraté también. En cuanto a Plutón, guardábale aún las suficientes consideraciones para no proceder con él del mismo modo ; pero no tenía miramiento alguno con los conejos, el mono y hasta el perro, cuando por casualidad o por cariño me salían al paso. Mi dolencia me aquejaba cada vez más, pues no hay enfermedad comparable con el alcoholismo y al fin el mismo Plutón, que ya se hacía viejo y comenzaba a ser un poco fastidioso, hubo de sentir también los efectos de mi maligno carácter.

Cierta noche, al regresar a casa, completamente borracho, pues salía de una de mis acostumbradas tascas de los arrabales, imaginéme que el gato evitaba mi presencia ; quise

cogerle para castigarle, pero espantado por mi ademán, infirióme una ligera herida con los dientes. Enfurecido yo como un demonio, perdí la razón; mi alma pareció huir del cuerpo, y en cada fibra de mi ser infiltróse una malignidad hiperbólica, saturada de ginebra: saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas, abríle, cogí al pobre animal por el cuello, y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita. ¡Me sonrojo, me estremezco al dar cuenta de esta censurable atrocidad!

Cuando por la mañana recobré el juicio, cuando se hubieron desvanecido los vapores de mi saturnal de la víspera, experimenté a la vez horror y remordimiento por el crimen de que me había hecho culpable; pero era un sentimiento equívoco y débil que no penetró hasta el alma. Volví a entregarme a los excesos y muy pronto ahogué en el vino el recuerdo de mi mala acción.

Sin embargo, el gato curó lentamente; cierto que la órbita del ojo perdido tenía un aspecto espantoso; pero el animal no parecía sufrir ya; andaba por la casa según su costumbre, si bien, como era de esperar, huía con terror ante mi presencia. Conservaba aún bastante de mi primera bondad para que me afligiera al pronto aquella evidente antipatía de parte de un ser que tanto me había querido antes; pero a este sentimiento siguió muy pronto la irritación y entonces se manifestó, como para señalar mi caída final e irrevocable, el espíritu de la PERVERSIDAD.

La filosofía no tiene en cuenta ese espíritu; pero tan cierto como que el alma existe, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades o sentimientos indivisibles que imprimen la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces consumando un acto necio o vil, sólo porque estaba persuadido de que no «debía» cometerle? ¿No tenemos, por ventura, una constante inclinación, a pesar de la excelencia de nuestro juicio, a violar lo que es la «Ley»? Ese espíritu de perseverancia, repito, fué lo que me perdió al fin. Ese ardiente e impenetrable deseo del alma de «martirizarse a sí propio», de violentar su misma naturaleza, de hacer mal sólo por amor al mal, fué lo que me impulsó a proseguir, y por último a consumar el suplicio a que sometí al animal inofensivo. Cierta mañana le eché un nudo corre-

dizo al cuello, con la mayor sangre fría, y le colgué de la rama de un árbol ; mis ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón de amargos remordimientos ; pero ahorqué a Plutón «porque» sabía que me había querido, y «porque» estaba persuadido de que jamás me diera motivo de enojo ; le ahorqué «porque» no se me ocultaba que al proceder así cometía un pecado, un pecado mortal, que comprometía mi alma hasta el extremo de ponerla, si tal cosa cupiese en lo posible, fuera de la misericordia infinita de Dios Muy Misericordioso y Muy Terrible.

A la noche siguiente al día en que cometí este acto cruel, despertáronme en mi sueño los gritos de «¡ Fuego, fuego !» Las cortinas de mi lecho estaban ardiendo ; el incendio se había propagado por toda la casa, y con gran dificultad pudimos escapar mi esposa, un criado y yo. La destrucción fué completa ; toda mi fortuna se perdió, y desde entonces entreguéme a la desesperación más espantosa.

No intento aquí establecer una relación de causa a efecto entre la atrocidad y el desastre, porque me hago superior a semejante debilidad ; pero relato una serie de hechos y no quiero omitir un solo eslabón de la cadena. Al día siguiente del incendio visité las ruinas ; las paredes habíanse derrumbado, excepto un tabique interior, poco grueso, situado casi en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi cama ; en esta parte, la mampostería había resistido a la acción del fuego, y yo atribuí el hecho a la circunstancia de ser la pared nueva. Delante de aquel tabique habíase reunido multitud considerable, y algunas personas parecía examinaban cierta parte con minuciosa y viva atención, Las palabras : «¡ qué extraño, qué singular !» y otras semejantes, excitaron mi curiosidad ; acerquéme, y vi, semejante a un bajorrelieve esculpido en la blanca superficie, la figura de un «gato» gigantesco : la imagen estaba representada con una exactitud verdaderamente maravillosa, y el animal tenía un cuerda alrededor del cuello.

Al pronto, ante aquella aparición, pues así podía considerarla, aumentó mi asombro y mi terror ; pero la reflexión vino al fin en mi auxilio. Recordé haber ahorcado al gato en un jardín contiguo a la casa, jardín que fué invadido por la multitud al oirse los gritos de alarma ; alguien debió desatar el animal del árbol, para arrojarle a mi habitación por una

ventana abierta, sin duda con el objeto de despertarme; las otras paredes comprimieron, al caer, la víctima de mi crueldad en la capa de yeso recientemente aplicado; y la cal de aquel tabique, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, debió producir la imagen tal como se veía.

Tranquilizado así ligeramente mi espíritu, ya que no del todo mi conciencia, en cuanto al hecho sorprendente que acabo de exponer, no dejó de producir, sin embargo, en mi ánimo una impresión profunda. Durante algunos meses no se apartó de mi imaginación el fantasma del gato, y agitábase en mi alma algo que parecía ser un remordimiento, pero que no lo era. Llegué a deplorar la pérdida del animal, y a buscar a mi alrededor, en las despreciables tabernas que acostumbraba a frecuentar, otro favorito de la misma especie que se pareciera al difunto.

Cierta noche, hallándome sentado y medio embriagado en una inmunda tasca, llamóme la atención de pronto un objeto negro, el cual reposaba en uno de los inmensos toneles de ginebra o de ron que constituían casi todo el mobiliario de la sala; y como hacía algunos minutos que miraba en aquella dirección, sorprendióme no haber echado de ver antes el citado objeto. Acerquéme y le acaricié con la mano; era un gato negro, muy grande, por lo menos tanto como Plutón, y se le parecía mucho, excepto en que el difunto no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, mientras que éste presentaba una mancha blanca, aunque de forma indecisa, que cubría casi toda la región del pecho.

Apenas le hube tocado enderezóse al punto, produciendo esa especie de ronquido particular que en los gatos indica la satisfacción; se restregó contra mi mano, y pareció muy contento con mis caricias. Aquel era el animal que yo buscaba, y por lo tanto ofrecí al dueño comprársele; pero el hombre me dijo que no era suyo ni le había visto nunca en el establecimiento. Le seguí acariciando, y cuando me disponía a volver a mi domicilio, el animal pareció inclinado a seguirme; le permití que me acompañara, y de vez en cuando deteníame para hacerle una caricia. Cuando llegamos a casa entró como si fuese la suya, y al punto se encariñó con mi esposa.

En cuanto a mí, muy pronto experimenté una marcada antipatía contra el animal, es decir, lo contrario de lo que yo

esperaba; no sé explicármelo, pero la evidente ternura del gato me disgustaba, produciéndome casi fatiga. Poco a poco este sentimiento de disgusto y enojo rayó en la amargura y el odio; alejábame siempre del animal, aunque una especie de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad retrajéronme de maltratarle durante algunas semanas; pero gradual e insensiblemente llegué a mirarle con indecible horror, y evitaba silenciosamente su odiosa presencia, como el soplo de la peste.

Lo que más contribuyó, sin duda a aumentar mi odio contra el gato fué el advertir a la mañana siguiente al día en que le llevé a casa, que, así como a Plutón, le faltaba un ojo. Sólo por esto mi mujer le cobró más cariño, pues, según he dicho ya, poseía en alto grado esa ternura de sentimiento, característica en mí en otra época, y fuente de mis recreos más sencillos y puros.

¡Cosa rara! El afecto del gato parecía ir en aumento, a medida que mi aversión se hacía mayor: seguía mis pasos con una tenacidad que difícilmente imaginaría el lector; si me sentaba, colocábase debajo de la silla, o saltaba sobre mis rodillas, prodigándome sus caricias espantosas; y si me levantaba para andar, introducíase entre mis piernas, exponiéndome a una caída, o bien me clavaba sus largas y afiladas uñas en la ropa, trepando hasta mi pecho. En tales instantes, y aunque deseaba matarle de un golpe, impedíamelo en parte el recuerdo de mi primer crimen, pero más aún, debo confesarlo de una vez, el verdadero «terror» que el animal me inspiraba.

Y no era seguramente producido por un mal físico, aunque me costaría mucho definirle de otro modo. Casi me avergüenzo de confesar que el terror y el horror que el gato me causaba habían ido en aumento por una de las más extrañas quimeras que pudiera concebirse. Mi esposa me había llamado más de una vez la atención sobre el carácter de la mancha blanca de que ya he hablado, y que constituía la única diferencia visible entre el nuevo gato y el que yo había muerto. El lector recordará, sin duda, que aquella mancha, aunque grande, era primeramente vaga en su forma; pero lentamente, por grados imperceptibles, que mi razón se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios, adquirió por último contornos muy precisos, llegando a ser

la imagen de un objeto que no puedo nombrar sin estremecerme. Esto era lo que me hacía mirar al gato con horror y disgusto, y lo que me hubiera impulsado a librarme de él «si me hubiera atrevido» ; porque aquella mancha era la imagen de una cosa repulsiva, siniestra : la imagen de una HORCA. ¡ Oh, lúgubre y terrible máquina, máquina de Horror y de Crimen, de Agonía y de Muerte !

Y desde aquel instante consideréme más mísero que cuanto pudiera serlo toda la humanidad, y ya no conocí la paz ni el reposo de día ni de noche. Durante el día, el animal no me dejaba un solo momento, y por la noche, cuando despertaba de mis sueños, agitados por indefinible angustia, sentía a cada momento en mi rostro el hálito tibio del gato, y su enorme peso ; era la encarnación de una pesadilla que en mi impotencia no podía sacudir, y que estaba eternamente incrustada en mi «corazón».

Bajo la presión de semejantes tormentos, desapareció lo poco bueno que aun quedaba en mí ; y mis pensamientos fueron malos ; los más sombríos y peores que puede imaginarse. La tristeza de mi carácter habitual degeneró en odio a todas las cosas y a toda la humanidad ; y mi esposa, que no se quejaba nunca, ¡ ay de mí ! sufría los efectos de mi crueldad, y era la más paciente víctima de las frecuentes e indomables erupciones de la furia loca que desde entonces me dominó.

Un día acompañóme con motivo de cierta ocupación doméstica al sótano de la destartalada casa donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir ; el gato me siguió bajando en pos de mí por la vertical escalera, y como tropezara con él, faltóme poco para caer en tierra. Esto me exasperó hasta la locura ; levanté el hacha que llevaba en la mano, y olvidando en mi cólera el temor pueril que hasta entonces me detuviera asesté al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado como yo quería ; mi esposa detuvo mi brazo ; pero esta intervención excitó aun más mi rabia infernal ; desprendíme al punto, y hundí el hacha en su cráneo. La pobre mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar ni proferir una sola queja.

Consumado este horrible asesinato, lo primero que se me ocurrió fué reflexionar deliberadamente sobre la manera de ocultar el cadáver, ante la imposibilidad de poder sacarle

de la casa, ni de noche ni de día, sin exponerme a que lo vieran los vecinos. Tuve varios proyectos ; por un momento ocurrióseme la idea de cortar el cuerpo en pedazos y destruirlos por medio del fuego ; después resolvía abrir una fosa en el suelo mismo del sótano ; luego me pareció mejor arrojarle en el pozo del patio ; creí más conveniente, sin embargo, encerrarle en una caja a guisa de mercancía en la forma acostumbrada, y encargar a un mozo de cordel que lo llevase a un punto cualquiera. Por último, adopté un plan que me pareció el mejor de todos : reducíase a emparedar el cadáver allí mismo, como lo hacían con sus víctimas los monjes de la Edad Media.

El sótano tenía muy buenas condiciones para llevar a cabo mi proyecto ; las paredes, levantadas groseramente, habían sido cubiertas recientemente en toda su extensión con una capa de yeso que a causa de la humedad del ambiente no se había endurecido ; y en una de ellas veíase una saliente formada por una especie de falsa chimenea, cuyo hueco se había rellenado. Supuse que me sería fácil retirar los ladrillos en aquella parte, introducir el cadáver y tapiarle, de modo que nada pudiera infundir sospechas, y no me engañé en mi cálculo : con el auxilio de unas grandes tenazas quité prontamente los ladrillos, y después de apoyar el cuerpo contra la pared interior, sostúvele en esta posición hasta que hube dejado toda la mampostería como antes estaba, sin mucha dificultad. Después busqué mortero y arena ; con todas las precauciones imaginables, preparé una argamasa semejante a la otra, y cubrí escrupulosamente los ladrillos con una capa de ella ; cuando hube terminado, ví con satisfacción que la obra era perfecta : la pared no presentaba la menor señal de la operación ; recogí todos los restos cuidadosamente, y apisoné el suelo, por decirlo así. Al mirar triunfalmente a mi alrededor, dije para mis adentros : «Aquí, por lo menos, no se habrá perdido inútilmente mi trabajo.» En seguida me dediqué a buscar al gato, causa de aquella terrible desgracia, porque estaba resuelto a matarle ; si lo hubiera encontrado en aquel momento, nada le habría salvado ; pero el astuto animal, asustado sin duda por mi reciente cólera, parecía haber huído de mi presencia. Difícil me sería dar una idea de la profunda sensación de alivio que la ausencia del odiado animal produjo en mi corazón ; no se dejó ver en toda la noche,

y así es que ésta fué la primera que pasé tranquilo desde que el gato estaba en la casa; dormí profundamente; ¡ sí, «dormí» con el peso de aquel asesinato sobre el alma!

Transcurrieron el segundo y tercer día sin que viniese mi verdugo, y una vez más respiré como hombre libre. El monstruo, poseído sin duda de terror, había abandonado la casa para siempre: ya no le vería jamás; mi felicidad era completa. En cuanto a mi tenebroso crimen, inquietábame muy poco; cierto que se instruyeron diligencias pero diéronse por terminadas muy pronto; y aunque se había dado orden para practicar pesquisas, naturalmente no se pudo descubrir nada, así es que consideré segura mi felicidad.

Cuatro días después del asesinato, un pelotón de agentes de policía se presentó de improviso en la casa para proceder a un detenido examen de todas sus dependencias; pero confiado yo en lo impenetrable de mi escondite, no experimenté la menor inquietud. Los oficiales me obligaron a que les acompañara en sus pesquisas y no dejaron ningún rincón por registrar, bajando al fin por tercera o cuarta vez al sótano. Ni uno solo de mis músculos se conmovió; mi corazón latía tranquilamente, como el de un hombre que confía en su inocencia; recorrí el sótano de un lado a otro con los brazos cruzados sobre el pecho, y paseábame con la mayor indiferencia. Satisfecha del todo la policía, disponíase a retirarse, y fué tan grande la alegría de mi corazón que no pude resistir el vivo deseo de decir al menos una palabra, aunque sólo fuese una, a manera de triunfo, para convencer a aquellos hombres de mi inocencia.

—Señores—dije al fin, cuando subían la escalera—, me felicito de haber desvanecido sus sospechas y deseo a todos completa salud, así como un poco más de cortesía. Y aunque no venga esto a cuento, caballeros... he aquí una casa bien construída (en mi insaciable deseo de decir alguna cosa frívola, apenas sabía lo que hablaba); puedo asegurarles que es una casa admirablemente construída; esas paredes son de lla más sólida mampostería.

Y al decir esto, permitiéndome una bravata frenética, golpeé con un bastón que tenía en la mano precisamente en los ladrillos que ocultaban el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡ Ay! ¡ Dios me proteja y me libre al menos de las ga-

rras del archidemonio! Apenas se hubo apagado en el silencio el eco de mis golpes, una voz me contestó desde el fondo de la tumba; era una queja, entrecortada al principio, como el sollozo de un niño; pero que se convirtió al fin en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal y antihumano, un alarido que expresaba a la vez el horror y el triunfo, y que sólo podía venir del Infierno, sonido espantoso que debía ser producido a la vez por la garganta de los condenados en medio de sus tormentos, y por la de los demonios cuando se regocijan en sus antros malditos.

Locura fuera tratar de comunicaros mis pensamientos; parecióme desfallecer y vacilé, apoyándome en la pared opuesta. Por un momento, los oficiales permanecieron en la escalera inmóviles, mudos de terror; pero un instante después, diez o doce brazos robustos golpearon victoriosamente el muro, que cayó todo entero. El cadáver, ya muy desfigurado y lleno de sangre coagulada, se mantenía rígido y de pie a la vista de los espectadores; sobre su cabeza, con su boca rojiza dilatada y su ojo único brotando fuego, vi al hediondo gato, cuya astucia me había inducido al crimen, y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

EL POZO Y EL PÉNDULO

Aquella dilatada agonía me había quebrantado; estaba medio moribundo, y cuando al fin me desataron y pude sentarme, parecióme que mis sentidos me abandonaban. La sentencia, la terrible sentencia de muerte, fué la última frase claramente distinta que hirió mis oídos; después de esto, el murmullo de las voces de los inquisidores pareció perderse entre las confusas imágenes de un sueño: aquel murmullo producía en mi espíritu el efecto de una rotación, tal vez porque en mi pensamiento le asociaba con una rueda de molino; pero esto duró poco, porque de repente ya no oí nada.

Sin embargo, durante algún tiempo pude ver con terrible exageración los labios de los jueces, que me parecieron blancos, tanto como la hoja de papel en que escribo estas palabras, y delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de su expresión de dureza, de inquebrantable resolución, de soberbio desdén ante el humano sufrimiento.

Veía que los fallos de lo que para mí representaba el destino se pronunciaban aún por aquellos labios; observé su contracción al expresar la terrible sentencia; los vi indicar las sílabas de mi nombre, y me llenó de espanto al reconocer que el sonido no seguía al movimiento. También observé durante algunos minutos de horror delirante la suave y casi imperceptible ondulación de los tapices negros que cubrían las paredes de la sala; y entonces mi vista se fijó en los siete grandes candelabros colocados en la mesa.

Al pronto creí ver en ellos la imagen de la Caridad, pareciéndome ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme: pro de repente una náusea mortal invadió mi alma, y cada una de las fibras de todo mi ser se estremeció cual si hubiese tocado el conductor de una pila eléctrica; las formas angélicas convirtiéronse en espectros despreciables; sus cabezas en llamas; y comprendí que no se debía esperar ningún auxilio de ellos.

Entonces surgió en mi imaginación, cual melodiosa nota musical, la idea del tranquilo reposo que nos espera en la tumba ; esta idea penetró suave y furtivamente, y me figuré que necesitaba mucho tiempo para apreciarla bien ; pero en el momento mismo en que comenzaba al fin a acariciarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por encanto ; los candelabros se redujeron a la nada ; sus llamas se apagaron completamente ; sucediéronse las tinieblas ; todas las sensaciones se disiparon al parecer, y el universo no fué ya más que noche, silencio, inmovilidad.

Estaba sin conocimiento, pero no lo había perdido del todo, bien que no pudiese definir qué parte conservaba. ¿ Era aquello un profundo sueño? No. ¿ Era el delirio? No. ¿ Era un desvanecimiento? No. ¿ La muerte? Tampoco, pues ni aun en la tumba se ha perdido todo, porque de lo contrario no habría inmortalidad para el hombre. Al despertar de un profundo sueño rasgamos el velo a través del cual veíamos las imágenes ; pero un segundo después, no nos acordamos ya de haber soñado. Tan frágil es el tejido.

Cuando se recobra el conocimiento después de un desmayo, pasamos por dos grados : el primero es el sentimiento de la existencia moral o espiritual, y el segundo el de la existencia física. Es posible que si al llegar al segundo grado pudiéramos evocar las impresiones del primero, volveríamos a encontrar todos los elocuentes recuerdos del abismo del otro mundo.

¿ Y qué es este abismo? ¿ Cómo distinguiríamos, por lo menos, sus sombras de las de la tumba? Si las impresiones de lo que yo considero como el primer grado no vuelven al ser llamadas por la voluntad, ¿ por qué se manifiestan, sin embargo, al cabo de algún tiempo, espontáneamente, causándonos admiración, porque no sabemos de dónde pueden salir? Aquel que no ha perdido nunca el conocimiento no descubre extraños palacios y rostros singularmente familiares entre las llamas ardientes ; no ve flotar en medio del aire las melancólicas visiones que al vulgo no le es dado percibir ; no es el que medita sobre el perfume de alguna flor desconocida ; no es aquel cuyo cerebro se puede extraviar en el misterio de alguna melodía en que hasta entonces no logró interesar su atención.

En medio de mis constantes esfuerzos, y a pesar de mi

energía para recoger algún vestigio de aquel estado en que mi alma acababa de deslizarse, muy semejante a la nada, hubo momentos en que soñaba un triunfo ; hubo cortos instantes, muy breves, en que evoqué recuerdos que, según me demostró mi razón lúcida en época posterior, no podían relacionarse más que con ese estado en que la conciencia parece aniquilada.

A la sombra de estos recuerdos se me presentaban indistintamente grandes figuras que me arrebataban, llevándome en silencio hacia abajo, cada vez más abajo, hasta el momento en que un vértigo horrible me oprimió, de pensar tan sólo no sé qué vago horror que sentía en el corazón, precisamente a causa de la calma sobrenatural de éste ; y después vino la impresión de una inmovilidad repentina en todos los seres que estaban a mi alrededor, cual si aquellos que me conducían, cortejo de espectros, hubieran traspasado en su descenso los límites de lo ilimitado, deteniéndose al fin, vencidos por el infinito enojo de su tarea. Después mi alma experimentó una sensación de blandura y humedad, y luego la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

Repentinamente volvieron a mi alma sonido y movimiento, el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos ; después, una pausa en la que todo desaparecía ; más tarde, otra vez el sonido, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante que penetrara en mi ser ; y al fin la simple conciencia de que existía, sin pensamiento, cuyo estado me duró mucho. De pronto se manifestó aquél, con un terror que me estremecía, y con el ardiente deseo de comprender mi verdadera situación.

Después ansié vivamente volver a la insensibilidad ; pero el alma renació de improviso, y procuré moverme. Entonces recordé del todo el proceso, las colgaduras negras, la sentencia, mi debilidad y mi desvanecimiento ; pero olvidé completamente lo que siguió ; y sólo más tarde, por un esfuerzo de energía, conseguí recordarlo de una manera vaga.

Hasta entonces no había abierto los ojos ; pero comprendía que me hallaba tendido boca arriba y sin ligaduras ; alargué el brazo, y mi mano cayó pesadamente sobre alguna cosa húmeda y dura ; así la tuve durante algunos minutos, y esforcéme por adivinar dónde podía hallarme y «qué era» de mí ; estaba impaciente por hacer uso de la vista ; pero

no me atrevía a ello, temiendo dirigir la primera mirada sobre los objetos que tenía alrededor. No es que me arredrase ver cosas horribles, sino porque me espantaba la idea de no ver cosa alguna.

Poseído de indecible angustia, abrí por fin los ojos vivamente : mi horrible idea se confirmaba : rodeábanme las tinieblas de la noche eterna ; hice un esfuerzo para respirar, y parecíame que la obscuridad me oprimía y sofocaba.

La pesadez de la atmósfera era irresistible ; permanecí echado tranquilamente, y esforcéme para reflexionar. De pronto recordé los procedimientos de la Inquisición, y partiendo de aquí, procuré darme cuanta de mi estado en aquel momento.

Se me figuraba que después de dictada la sentencia había transcurrido mucho tiempo ; pero no imaginé un solo instante que pudiera estar verdaderamente muerto. Semejante idea, a pesar de todas las ficciones literarias, es de todo punto incompatible con la existencia real ; pero, ¿dónde estaba, y en qué situación?

Yo sabía que los condenados a muerte solían sufrir la pena en los autos de fe ; y precisamente habíase celebrado un espectáculo de este género el mismo día en que se me juzgó. ¿Me habrían conducido de nuevo al calabozo para esperar allí el próximo sacrificio, que no debía efectuarse hasta dentro de algunos meses? Desde luego comprendí que esto no podía ser, pues habíase reunido el contingente de víctimas necesario. Además, mi primer calabozo, así como las celdas de todos los condenados en Toledo, tenía el pavimento de piedra, y no faltaba completamente la luz.

De repente, una idea horrible hizo afluir la sangre a mi corazón, y durante algunos minutos volví a quedar en estado de insensibilidad. Cuando recobré el conocimiento púseme en pie, temblando convulsivamente ; extendí con ansiedad los brazos hacia adelante, y no toqué nada ; pero temía dar un solo paso, figurándome que iba a tropezar contra las paredes de mi propia tumba.

El sudor inundaba mi cuerpo, y formando gruesas gotas acumulábase en mi frente ; la angustia de la incertidumbre llegó a su grado máximo, y al fin avancé poco a poco con los brazos extendidos y los ojos desencajados, esperando sorprender un débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero

todo estaba negro y vacío; entonces respiré más libremente, pues me pareció indudable que no se me había reservado la muerte más espantosa.

Y mientras seguía avanzando, asaltaron mi pensamiento los mil vagos rumores que habían circulado sobre los horribles hechos ocurridos en Toledo. Referíanse cosas muy extrañas sobre aquellos calabozos, y yo las había considerado siempre como fábulas, pues eran tan espantosas que sólo se podían repetir en voz baja. ¿Tendría yo que morir de hambre en aquel mundo subterráneo de las tinieblas o me esperaba otro destino más terrible todavía? Conocía demasiado bien el carácter de mis jueces para poner en duda que el resultado sería mi muerte, y alguna muerte elegida con cruel refinamiento; y por eso mi preocupación era sólo sobre el día y la hora.

Mis manos extendidas encontraron al fin un obstáculo sólido: era una pared, al parecer de piedra, a juzgar por lo lisa, húmeda y fría; la seguí, pegado a ella, avanzando con la recelosa desconfianza que me habían infundido ciertas antiguas historias; pero ni esta maniobra me facilitó el medio de reconocer las dimensiones de mi calabozo, pues podía dar la vuelta y regresar al punto de partida sin poderlo comprobar; tan uniforme parecía el muro. Entonces busqué el cuchillo que llevaba en la faltriquera cuando me condujeron al tribunal; pero había desaparecido junto con mi ropa, pues me lo habían quitado para ponerme una especie de sayón de estameña: mi objeto era introducir la hoja en alguna grieta de la pared, para reconocer mi punto de partida.

La dificultad me hubiera parecido cosa trivial en cualquier otro caso; pero en aquel momento, teniendo en cuenta el desorden de mis ideas, consideréla invencible. Arranqué un pedazo del dobladillo del sayo y le puse en el suelo de modo que formase ángulo recto contra la pared, pues siguiendo mi camino a tientas alrededor del calabozo, no podía menos de encontrar aquella señal cuando hubiese recorrido todo el circuito. Así lo creía yo, por lo menos; mas no tuve en cuenta la extensión de mi calabozo ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo; avancé tambaleándome durante algún tiempo, y después tropecé y caí. Mi extremada fatiga me indujo a permanecer inmóvil, sin levantarme, y el sueño me sorprendió muy pronto en aquel estado.

Cuando desperté y alargué los brazos, encontré a mi lado un pan y un jarro de agua : estaba demasiado desfallecido para reflexionar sobre aquella circunstancia ; pero bebí y comí ávidamente. Poco tiempo después continué mi exploración alrededor del calabozo, y con mucho trabajo llegué a la señal, es decir, al pedazo de estameña.

Cuando caí había contado ya cincuenta y dos pasos, y al continuar mi paseo conté cuarenta y ocho hasta el sitio de la señal, resultando, pues, un total de ciento ; y suponiendo que dos pasos hicieran una vara, presumí que el calabozo tenía cincuenta de circuito.

Sin embargo, había reconocido muchos ángulos en la pared, y por lo tanto no había medio de conjeturar la forma del calabozo o mejor dicho la cueva, pues en mi concepto esto era verdaderamente. Poco me interesaba aquella investigación, ya que no tenía esperanza alguna ; pero una vaga curiosidad me incitó a continuarla. Alejándome de la pared, resolví atravesar la superficie circunscrita, y al principio avancé con suma precaución, pues aunque el suelo parecía de una materia dura, era muy resbaladizo ; pero al fin, armándome de valor, eché a andar con paso seguro, procurando seguir en lo posible la línea recta. Ya había avanzado diez o doce pasos, cuando de pronto se me enredó entre las piernas el sayo por donde le había rasgado, y al pisarle caí de bruces. El golpe me dejó aturdido, así es que no observé de pronto una circunstancia algo sorprendente, y en la cual fijé mi atención, sin embargo, algunos minutos después, cuando aun estaba tendido en el suelo, y era que mi barba se apoyaba en el suelo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza no tocaban en nada ; al mismo tiempo parecióme que mi frente estaba bañada en un vapor viscoso, y percibí un olor particular como de setas podridas ; extendí los brazos, y me estremecí al reconocer que había caído sobre el borde de un pozo circular, cuya profundidad no podía medir en aquel momento.

De la pared que formaba el brocal, pude extraer un fragmento, y lo arrojé en el abismo. Por espacio de algunos segundos escuché atentamente ; en su caída chocaba con las paredes del pozo, y al fin penetró en el agua, produciendo un sonido sordo y lúgubre, seguido de ruidosos ecos. En el mismo instante prodújose sobre mi cabeza un rumor, como si

cerrasen y abriesen una puerta, y un débil rayo de luz atravesó de repente la obscuridad, extinguiéndose al punto. Entonces me di cuenta exacta de la muerte que me deparaban, y felicitéme del oportuno incidente que me había salvado. Este género de muerte evitada tan a tiempo, tenía ese carácter que yo había considerado hasta entonces como fabuloso, inverosímil entre los muchos cuentos que circulaban sobre la Inquisición.

Sus víctimas no tenían más alternativa que la muerte con sus más atroces agonías físicas, o con sus más abominables tormentos morales ; a mí se me había reservado para esta última. Mis nervios estaban excitadísimos a causa de tan largo padecimiento ; de tal modo temblaba al oir mi propia voz ; y por todos conceptos era yo, por lo tanto, la mejor presa para la especie de martirio que me esperaba.

Temblando como un azogado, retrocedí a tientas hacia la pared, resuelto a morir antes que arrostrar los horrores del pozo, multiplicados entonces por mi espíritu en las tinieblas de mi prisión. En otra situación de ánimo, hubiera tenido valor para acabar de una vez con tantas miserias, precipitándome en el abismo ; pero en aquel momento me había convertido en el mayor de los cobardes ; y por otra parte no podía olvidar lo que había leído sobre aquellos pozos, es decir que la extinción «repentina» de la vida era una posibilidad cuidadosamente evitada por el genio infernal que concibiera el plan.

La agitación de mi espíritu me tuvo despierto durante largas horas ; pero al fin volví a caer en mi letargo. Al despertar hallé cerca de mí, como la primera vez, un pan y un jarro de agua ; la sed más abrasadora me devoraba, y apuré todo el contenido. Indudablemente aquel agua tenía alguna droga, pues apenas la bebí sobrecogióme un sopor irresistible ; un sueño profundo se apoderó de mí, un sueño semejante al de la muerte.

No sé cuánto tiempo duró ; pero cuando abrí los ojos, los objetos que había a mi alrededor eran visibles ; y gracias a un resplandor singular, sulfuroso, cuyo origen no pude descubrir al principio, me fué posible ver la extensión y aspecto de mi calabozo.

No había calculado bien sus dimensiones ; las paredes sólo medían veinticinco varas de circuito, detalle que por espa-

cio de algunos minutos me ocasionó profunda turbación, harto vana a la verdad, pues en medio de las terribles circunstancias que me rodeaban, poco podían importarme las dimensiones de mi prisión ; no obstante, mi espíritu se interesaba singularmente en aquellas nimiedades, y me afané para explicarme el error cometido en mis medidas. Por fin lo comprendí todo : en mi primera tentativa de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer ; debía hallarme entonces a uno o dos de mi señal ; y de hecho había recorrido casi el circuito del calabozo cuando me dormí ; pero al despertar, sin duda hube de retroceder, creando así una circunferencia casi doble. La confusión de mi cerebro me impidió seguramente observar que había comenzado la vuelta por la pared de la izquierda y la terminaba teniéndola a mi derecha. Igualmente me engañé respecto a la forma de mi prisión : tanteando el camino, había encontrado muchos ángulos, y por eso deduje que el conjunto era muy irregular : tan poderoso es el efecto de una obscuridad completa en todo aquel que despierta de un letargo o de un sueño.

Aquellos ángulos se producían sencillamente por algunas ligeras depresiones a intervalos desiguales ; la forma general del calabozo era un cuadrado ; y lo que yo había tomado por mampostería asemejábase ahora al hierro, o cualquiera otro metal, en forma de grandes planchas, cuyas juntas producían las depresiones. Toda la superficie de aquella construcción metálica estaba toscamente pintarrajeada con todos los hediondos y repulsivos emblemas a que dió nacimiento la superstición sepulcral de los frailes ; varias figuras de diablos con aspecto amenazador, formas de esqueletos y otras imágenes horribles manchaban aquellas paredes en toda su extensión.

Advertí que los contornos de estas monstruosidades se detallaban bastante bien, pero que los colores estaban marchitos y alterados, como por efecto de una atmósfera húmeda ; y también noté entonces que el piso era de piedra. En el centro veía la boca circular del pozo de que había escapado por una verdadera casualidad.

Todo esto lo ví confusamente, con algún esfuerzo, pues mi posición física había cambiado singularmente durante mi sueño : estaba tendido de espaldas en una especie de tablado de madera muy bajo, y atado fuertemente por una cosa que

me pareció una correa, la cual daba vuelta varias veces alrededor de mis miembros y del cuerpo, dejando sólo libres la cabeza y el brazo izquierdo; mas para mover este último a fin de tomar el alimento de una especie de escudilla puesta cerca de mí en el suelo, érame preciso esforzarme trabajosamente. Con terror advertí que se habían llevado la jarra, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Parecióme entonces que el plan de mis verdugos era exasperar mi sed, pues el alimento contenido en la escudilla estaba cargado de especias. Levanté la vista para examinar el techo de mi prisión; estaba a una altura de treinta a cuarenta pies, y por su aspecto tenía mucha semejanza con las paredes laterales. En una de sus divisiones llamóme la atención una de las figuras, la más extraña, que era la del Tiempo, según se le suele representar, sólo que en vez de la hoz tenía un objeto que a primera vista tomé por la imagen pintada de un enorme péndulo, como los que vemos en los relojes antiguos. Sin embargo, en el aspecto de aquella máquina noté alguna cosa que me indujo a mirar con más atención y cuando la miraba, con la vista fija, pues hallábase precisamente sobre mí, parecióme que se movía.

Y en efecto, así era; su balanceo era corto, y naturalmente, muy lento: observéle durante algunos minutos, con alguna desconfianza, pero particularmente con asombro; y cansado al fin de su monótono movimiento, paré la atención en los demás objetos del calabozo.

Un ligero ruido me alarmó, y mirando el suelo, vi varias ratas enormes que iban de un lado a otro; habían salido del pozo, que estaba a mi derecha; y muy pronto aparecieron otras más, que avanzaban ligeras, con ojos voraces y atraídas, sin duda, por el olor de la carne; hube de hacer muchos esfuerzos para que no se acercasen a mí.

Habría transcurrido media hora, o tal vez una, pues no podía medir bien el tiempo, cuando al levantar de nuevo la vista noté una cosa que me confundió y asombró. El péndulo estaba una vara más abajo, y como consecuencia natural, su velocidad era también mucho mayor; pero lo que me turbó especialmente fué la circunstancia de que había «bajado» visiblemente.

Entonces observé, con el espanto consiguiente, que su extremidad inferior tenía la forma de una brillante media

luna de acero, de un pie de longitud de un cuerno a otro, siendo el corte inferior tan afilado como el de una navaja de afeitar ; esta especie de cuchilla, pesada y maciza, estaba sujeta a una gruesa barra de cobre, y el todo «silbaba» balanceándose en el espacio.

No me cabía duda acerca de la suerte que me preparaba el horrible ingenio monacal. Los agentes de la Inquisición habían adivinado seguramente que ya conocía yo la existencia del pozo, el «pozo», cuyos horrores estaban reservados para un hereje tan temerario como yo ; el «pozo», figura del infierno, y considerado por la opinión pública como la «Ultima Thule» de todos sus castigos.

Yo había evitado la caída por una verdadera casualidad, y recordaba que el arte de ocultar el suplicio bajo un lazo y una sorpresa, tenía gran importancia en todo aquel sistema de ejecuciones secretas. Y como había escapado yo del abismo no era ya el plan diabólico de mis verdugos precipitarme en él ; se me guardaba, y esta vez sin dualidad posible, una muerte distinta y más dulce. ¡ Más dulce ! He estado a punto de sonreir en medio de mi agonía al pensar en la singular aplicación que hacía de esta palabra.

¿ Para qué referir las largas horas de horror, más que mortales, en las que conté las oscilaciones vibrantes del acero ? Pulgada por pulgada, línea por línea, efectuábase su descenso gradual, sólo apreciable a intervalos que me parecían siglos ; pero siempre descendía, siempre más y más. Transcurrieron varios días, acaso muchos, tantos que la brillante media luna se balanceaba lo bastante cerca de mí para darme aire con su acre soplo. Mis fosas nasales percibían la sensación del afilado acero. Elevé mis plegarias al cielo, para que la cuchilla bajara más rápidamente ; parecíame que me volvía loco ; estaba frenético, e intenté levantarme a fin de ir al encuentro de la espantosa cimitarra movible ; pero después permanecí tranquilo, sonriendo ante aquella muerte brillante, como un niño cuando contempla algún juguete bonito.

Transcurrió un nuevo intervalo de perfecta insensibilidad, intervalo corto, pues al volver en mí, observé que el péndulo no había bajado de manera apreciable ; pero tal vez aquel tiempo fuera largo, pues no se me ocultaba que los

agentes diabólicos, al observar mi desvanecimiento, pudieron detener la vibración a su antojo.

Cuando recobré el uso de mis sentidos experimenté un malestar y una debilidad indecibles, como por efecto de una larga inanición ; y es que aun en medio de aquellas angustias la naturaleza humana imploraba su alimento. Con penosos esfuerzos extendí mi brazo izquierdo, tanto como me lo permitieron las ligaduras, y apoderéme del resto de comida que las ratas me habían dejado. Al llevármelo a la boca, una idea halagüeña, un rayo de esperanza cruzó de pronto por mi mente, aunque nada había ya de común entre la esperanza y yo. Díjeme que aquello era un pensamiento informe ; el hombre concibe a menudo otros análogos, que nunca son completos ; comprendí que era idea alegre, de esperanza, pero también que moría al nacer. En vano traté de reconstituirla de no dejarla escapar ; mis largos padecimientos habían aniquilado casi las facultades ordinarias de mi espíritu : era un imbécil, un idiota.

La vibración del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi longitud, y observé que la media luna se había dispuesto de modo que atravesase la región del corazón. A pesar de la espantosa dimensión de la curva recorrida, que excedía de treinta pies, y de la irrsistible energía del descenso, que hubiera bastado para cortar aquellas paredes de hierro, todo cuanto podía hacer dentro de algunos minutos era rozarme la ropa ; al pensar esto, no osé proseguir mi reflexión ; me fijé en la idea con tenacidad, como si esta insistencia pudiese contener la bajada del acero.

Empecé a meditar acerca del sonido que la media luna produciría al pasar por mi vestido ; acerca de la sensación particular y penetrante que el frotamiento de la tela ocasionaría en los nervios. Pensé en todas estas nimiedades, hasta que mis dientes se entrechocaron.

Deslizábase más, cada vez más, se acercaba sin cesar, y yo me complacía, con una especie de frenesí, en comparar su celeridad de arriba abajo con la de los lados. ¡ A derecha, a izquierda, y después alejábase mucho y volvía, produciendo un golpe, como un espíritu condenado, y acercándose a mi corazón con el paso furtivo del tigre ! Yo reía y gritaba alternativamente, según me dominaba una u otra idea.

¡ Más abajo, invariablemente más abajo ! Vibraba a tres

pulgadas de mi pecho, e hice un esfuerzo espantoso para soltar mi brazo izquierdo, que sólo podía mover desde el codo hasta la mano ; esta última me servía sólo para llevar el alimento desde el plato que estaba junto a mí hasta la boca, y aun esto con mucho trabajo. De haber podido romper las ligaduras por encima del codo, habría intentado coger el péndulo, para detenerle ; pero esto hubiese sido tan inútil como tratar de contener una avalancha.

¡ Siempre más abajo, más abajo ! Respiré dolorosamente y agitábame a cada vibración. Mis ojos le seguían en su movimiento ascensional y descendente con desesperado frenesí, y cerrábanse con un estremecimiento espasmódico en el momento de la bajada, y eso que la muerte habría sido un alivio. Sin embargo, temblaba de pies a cabeza con sólo pensar que bastaba que la máquina bajase un poco para que precipitase sobre mi pecho aquella hacha afilada y brillante.

La «esperanza» era la que hacía agitar así mis nervios ; la «esperanza», que triunfa hasta en el caballete, que susurra al oído de los condenados a muerte en los calabozos mismos de la Inquisición. Advertí que diez o doce vibraciones pondrían el acero en contacto inmediato con mi ropa, y este detalle produjo en mi ánimo la calma de la desesperación ; por primera vez hacía muchas horas, y tal vez días, «pensé» y reflexioné que la ligadura que me sujetaba era de una sola pieza y estaba atado por un lazo continuo ; el primer corte de la hoja de acero en una parte cualquiera de la correa debía desprenderla lo suficiente para que mi mano izquierda pudiera desarrollarla a mi alrededor ; pero, ¡ cuán peligrosa llegaría a ser en este caso la proximidad del acero !

La consecuencia de la más ligera sacudida sería mortal. Además, era verosímil que los ayudantes del verdugo hubiesen previsto y obviado esta posibilidad. Y era probable que la ligadura cruzara por mi pecho en el trayecto del péndulo. Temblando al pensar que podría frustarse aquella débil esperanza, acaso la última, levanté lo suficiente la cabeza para mirar bien el pecho : la ligadura rodeaba fuertemente mis miembros en todos sentidos, «excepto en la parte que debía tocar la hoja homicida».

Tan pronto volví a inclinar la cabeza, dejándola adquirir su primera posición, brilló en mi espíritu alguna cosa que yo definiría como el complemento de esa idea de libertad de

que ya he hablado, y de la cual sólo había concebido vagamente una parte cuando acerqué el alimento a mis labios abrasados. Ahora tenía toda la idea, débil, apenas definida, pero completa, e inmediatamente intenté llevarla a la práctica, con la energía de la desesperación.

Hacía algunas horas que las ratas pululaban materialmente por las inmediaciones del tablado en que me hallaba tendido; eran turbulentas, atrevidas, voraces; sus rojizos ojos estaban fijos en mí, como si sólo esperasen la inmovilidad para hacer presa de mi cuerpo. ¿A qué alimento, pensé yo, se habrán acostumbrado en este pozo?

A pesar de mis esfuerzos para impedirlo, habían devorado ya casi todo el contenido de mi plato; mi mano se había acostumbrado al movimiento de vaivén hacia el mismo, y por efecto de la uniformidad maquinal de aquél, había perdido toda su fuerza. A tal punto llegaba la voracidad de los roedores, que con frecuencia clavaban sus agudos dientes en mis dedos. Con los pedacitos de carne aceitosa que aun quedaban, froté la ligadura hasta donde podía alcanzar, y retirando después mi mano del suelo, permanecí inmóvil casi sin respirar.

Los asquerosos animales se atemorizaron al principio por el cambio, por la cesación del movimiento; alarmáronse y emprendieron la huída, tornando algunos de ellos al pozo; pero esto duró sólo un instante, pues no en vano conté con su glotonería.

Al observar que continuaba inmóvil, uno o dos de los más atrevidos saltaron al tablado y olfatearon la ligadura, lo cual me dió a entender que la invadirían muy pronto todos los demás; y en efecto, una numerosa legión salió del pozo; todos se agarraron a la tarima, escaláronla y saltaron a centenares sobre mi cuerpo. En manera alguna les preocupaba el movimiento regular del péndulo; se libraban de su paso y roían rápidamente la ligadura aceitosa; oprimiéndose cada vez más, se amontonaban sin cesar sobre mí; enroscábanse sobre mi cuello; sus hocicos buscaban mis labios; su peso multiplicado me sofocaba casi; y una repugnancia que no tiene nombre en el mundo levantaba mi pecho, helándome el corazón como un pesado vómito. Comprendí, sin embargo, que dentro de un minuto habría terminado ya la horrible operación, pues sentía que la ligadura se aflojaba, y estaba

seguro de que los roedores la habían cortado por varias partes. Con resolución sobrehumana permanecí «inmóvil», y pronto pude reconocer que no me había engañado en mis cálculos : mis padecimientos no resultaron inútiles.

Al fin observé que estaba «libre» ; los pedazos de la ligadura colgaban alrededor de mi cuerpo ; pero el movimiento del péndulo atacaba mi pecho ; había cortado ya la tela de mi sayón y la camiseta interior ; osciló dos veces más, y la sensación de un dolor agudo atravesó todos mis nervios ; pero había llegado el momento de la salvación. Un ademán instantáneo bastó para que mis salvadores emprendieran tumultuosamente la fuga ; y entonces, realizando un movimiento rápido y oblicuo, aunque con prudencia, y aplanándome lentamente, me deslicé fuera de la ligadura y de los alcances de la cimitarra. Por lo pronto, cuando menos, «estaba libre».

¡ Libre ! ¡ Y en las garras de la Inquisición ! Apenas abandoné aquel horrible lecho y hube dado algunos pasos por el calabozo, el movimiento de la máquina infernal cesó, y observé que la retiraba alguna fuerza invisible por el techo. Este detalle me llenó de espanto, pues comprendí que se espiaban todos mis movimientos.

¡ Libre ! No ; había escapado de la muerte en forma de agonía para sufrir alguna cosa peor por cualquier otro medio ; y al hacer esta reflexión, fijé la mirada convulsivamente en las paredes de hierro que me rodeaban ; advirtiendo entonces un cambio que se producía en la habitación, y que al principio no pude apreciar con exactitud.

Al cabo de algunos minutos de horrorosa meditación, y cuando me perdía en vanas conjeturas, aprecié por primera vez el origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una hendidura de media pulgada de ancho que se extendía alrededor del calabozo por la base de las paredes, las cuales parecían así separadas del suelo, como lo estaban efectivamente. Traté de mirar por aquella abertura, pero todo fué inútil.

Cuando me levanté, completamente desanimado, comprendí el misterio de la alteración producida. Había notado que, si bien los contornos de las figuras de las paredes eran bastantes distintos, los colores parecían vagos e indecisos ; pero a cada momento adquirían un brillo más intenso, que comunicaba a aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un as-

pecto que hubiera hecho estremecer a personas de nervios más sólidos que los míos. Ojos de diablo, de una viveza feroz y siniestra, fijaban en mí su mirada desde numerosos sitios donde antes no se veía cosa alguna, con el lúgubre brillo de un fuego que yo me empeñaba aunque inútilmente en creer cosa imaginaria.

«¡Imaginaria!» Bastábame respirar para percibir el vapor del hierro calentado. Un olor sofocante invadió mi calabozo; los ojos que me miraban para contemplar mi agonía relucían con más fuerza; y en aquellas horribles pinturas de sangre noté un tinte más rojizo.

Respiraba con dificultad, pues era indudable el designio de mis verdugos. ¡Oh! ¡eran los hombres más despiadados y diabólicos! Me aparté cuanto pude del metal candente, dirigiéndome al centro de mi prisión, y ante aquella muerte por el fuego, la idea de la frescura del pozo me alivió como un bálsamo.

Precipitéme rápido hacia el terrible brocal y dirigí una mirada al fondo; el brillo de la bóveda inflamada iluminó sus más recónditas cavidades; pero durante un momento de extravío mi espíritu no pudo explicarse la significación de lo que veía. Al fin lo comprendí, estremecido de espanto. ¡Oh! ¡Una voz para hablar! ¡Oh qué horrores! ¡Todos menos los que veía serían preferibles! Lancé un grito, me retiré del brocal y con el rostro oculto en las manos, lloré amargamente.

El calor aumentava con rapidez; de nuevo alcé los ojos, estremeciéndome como si tuviese un acceso de fiebre. En aquel momento verificábase un segundo cambio en el calabozo, y esta vez era evidentemente en la «forma».

Lo mismo que antes, no pude al principio apreciar mi comprender lo que pasaba; pero no estuve mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición no se detenía; burlada dos veces por mi suerte, no quería jugar ya más con el Rey de los Espantos.

La habitación era antes cuadrada, y en aquel momento noté que dos de sus ángulos de hierro se habían vuelto agudos, resultando, como se comprenderá, otros dos obtusos. El terrible contraste acrecía rápidamente con un crujido sordo, y mi calabozo tomó al punto la forma de un romboide; pero la transformación no cesó aquí; yo tampoco deseaba ni es-

peraba que cesase, y hubiera aplicado los rojos muros contra mi pecho para disfrutar al fin de la eterna paz. «¡ La muerte ! me dije, ¡ cualquier género de muerte menos la del pozo !» ¡ Insensato ! ¿ Cómo no había podido comprender «que era necesario el pozo», y que «sólo aquel pozo» era la razón del hierro candente que me asediaba ? ¿ Podía yo resistir a su ardor ? Y aunque así fuese, ¿ me sería dable rechazar su presión ? Entretanto, el romboide se aplanaba, con una rapidez que me impedía reflexionar ; su centro, colocado en la línea de su mayor ancho, coincidía exactamente con la boca del abismo.

Intenté retroceder ; pero las paredes se estrechaban cada vez más y me oprimían con fuerza irresistible. Por último, llegó un instante en que mi cuerpo, quemado y contraído, apenas halló sitio, porque no le había, ni mi pie un espacio donde apoyarse. No luché más ; pero la agonía de mi alma se exhaló en un prolongado grito de desesperación ; sentí que «vacilaba» en el borde del abismo, y aparté la vista... Más de pronto oigo un ruido discordante de voces humanas, seguido de una explosión, un huracán de trompetas, y después un espantosa rugido, semejante al fragor de mil truenos. Las paredes de fuego retroceden con rapidez ; un brazo extendido coge el mío en el momento en que iba a caer en el pozo ; era el brazo del general Lasalle : el ejército francés había penetrado en Toledo ; la Inquisición estaba en manos de sus enemigos.



Imp. José Comas, S. en C., Villarroel, 12 y 14.—Barcelona